



to de visitar al rey su suegro, con quien eso mismo tenía algunas diferencias, y pretendía cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó destas vistas, fué lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del portugués ayudase á su yerno con algunos dineros que le prestó, con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó á rompimiento con los moros, ántes á pedimento del mismo rey de Granada, el rey D. Fernando envió embajadores á aquella ciudad, y él se detuvo en Córdoba. Por medio desta embajada se tomó asiento con el rey moro: concertóse y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre: con que deshicieron los campos. El infante D. Enrique, cargado de años, falleció por este tiempo en Roa: su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Tuvo este príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y hasta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando: codicia desenfrenada, y la postrera camisa de que se despojan áun los hombres sabios.

Muy grande contento fué el que recibió todo el reino con la muerte deste caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las prácticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó: así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo á Juan Nuñez de Lara por la mucha privanza que con el rey á la sazón alcanzaba. En prosecucion de lo concertado en Calatayud, de consentimiento de las partes fué nombrado por juez árbitro para componer aquellas diferencias Dionisio, rey de Portugal, y por sus acompañados el infante D. Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragon D. Jimeno de Luna, obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragon tuvieron primero habla en Torellas, que es una villa á la raya de Aragon y á las haldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oido lo que por las partes se alegaba, pronunciaron sentencia, y fué que el rio de Segura partiese término entre los reinos de Aragon y Castilla: cosa de grande comodidad y ventaja para el arago-

nes, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca; y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahínco ántes deseaba.

Pronuncióse la sentencia á los ocho del mes de Agosto, y luégo el dia siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo, que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veintitres años ántes desto, entre D. Alonso, rey de Castilla, y D. Pedro, rey de Aragon, parecia de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado; desde allí los reyes fueron á Ágreda, y pasaron á Tarazona. Grandes regocijos y recibimientos les hicieron: muy señalada fué esta junta, porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla, suegra y nuera, y doña Isabel, reina de Portugal, persona muy santa; demas de la infanta doña Isabel, hermana del rey D. Fernando, la que estuvo primero desposada con el rey de Aragon. El acompañamiento y córte era conforme á la calidad de príncipes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló más que todos, conforme á la condicion de aquella nacion, por ser deseoso de honra, y á causa de la larga paz rico de dineros: se dice que trujo en su compañía de Portugal, mil hombres de á caballo; y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares sino en tiendas y pabellones que hacia armar en el campo.

En lo que tocaba á la pretension de los Cerdas, los reyes de Aragon y Portugal, nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio á sentencia mandaron que D. Alonso en adelante no se llamase rey: que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señalaronle á Alba, Béjar, Valdecorneja, Gibráleon, Sarria con otros lugares y tierras para que pudiese sustentar su vida y estado: recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razon, principalmente con los caidos: todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudia, sólo el rey de Aragon sustentaba el peso de la guerra contra Castilla; deseaba por tanto concertar aquellos debates de qualquiera manera que fuese. Esta sentencia dió tanta pesadumbre á D. Alonso de



la Cerda, que áun no se quiso hallar presente para oilla, ántes se partió echando mil maldiciones á los reyes.

Restaba de acordar la diferencia del infante D. Juan y Diego Lopez de Haro. El rey tenía prometido al infante que, efectuadas las paces, él mismo le pondria en posesion del señorío de Vizcaya. Concluida, pues, y despedida la junta de los reyes, D. Diego de Haro fué citado para que en cierto dia que le señalaron pareciese en Medina del Campo, para donde tenían convocadas las córtes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. D. Diego Lopez de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenía usurpado aquel estado, ó por sospechar que el rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las córtes; las cuales, acabadas que fueron, como entendiesen que D. Diego de Haro no haria por bien cosa ninguna, y el infante D. Juan, que siempre andaba al lado del rey, diese priesa á que el negocio se concluyese, en Valladolid, vistas sus probanzas, se sentenció en su favor; solamente se difirió la ejecucion para otro tiempo, en que se pretendia que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podia de esto resultar.

En el año del Señor de mil y trescientos y cinco estaban las cosas desta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar, y á diez y siete dias del mes de Enero, Rugier Lauria, general del mar, murió en Cataluña: capitán sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey D. Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó á Sicilia. Él solo dió fin á grandes hazañas con próspero suceso; los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él; su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz con su túmulo y letra, junto al enterramiento del rey D. Pedro, en señal del grande amor que le tuvo. Á los seis dias del mes de Abril murió doña Juana, reina de Navarra, en París; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato: está de presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra.

Sucedió luégo á su madre difunta en el reino Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino: tomó la corona real en Pamplona, despues fué tambien él rey de Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende deste otros hijos, á Philipo, que tuvo por sobrenombre el Largo, á Carlos que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron á ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas, la una murió siendo niña, la otra, por nombre madama Isabel, casó con Eduardo rey de Inglaterra, la más hermosa doncella que se halló en su tiempo.

El pontificado de Benedicto no duró más de ocho meses y seis dias. Siguióse una vacante larga de diez meses y veintiocho dias. Grandes disensiones anduvieron en este cónclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así italianos como franceses, que eran en gran número, porque á devocion de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nacion francesa. En fin, se concertaron desta suerte, que los italianos nombrasen tres cardenales franceses para el pontificado, y que destes eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados á la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. Destos tres en ausencia fué elegido Raimundo Gotto, arzobispo de Bordeaux, primero comunicado el negocio con Philipo, rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese ántes de aceptar á ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Jantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecucion las cosas siguientes: que condenaria y anatematizaria la memoria de Bonifacio VIII: que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo: que le concederia los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme á esto otras cosas feas y abominables á la dignidad pontifical; pero tanto puede el deseo de mandar. Con esto á los cinco dias del mes de Junio fué declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente V. Mandó luégo llamar todos los cardenales que viniesen á Francia, y en



Leon tomó las insignias pontificales á once de Noviembre. Acudió increíble concurso de gente.

Aguó la fiesta y destempló el alegría un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo día que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo pontífice hacia el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida, y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó á ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió de ella un carbunco de gran valor. El rey de Francia, que iba á su lado, se vió en gran peligro: Juan duque de Bretaña pereció allí, los reyes de Inglaterra y de Aragon escaparon con mucho trabajo. Fué grande el número de los que murieron, parte por tomalles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente.

Con estos principios se conformó lo demas; todo andaba puesto en venta, así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales á contemplacion y por respeto del rey Philipo de Francia. Todavía, como le hiciere instancia sobre condenar la memoria del papa Bonifacio, segun lo tenía prometido, dió por respuesta que negocio tan grave no se podia resolver si no era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretension de aquel rey, y ésta dicen fué la principal causa para juntar el concilio de Viena, que se celebró, como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma á Francia, que fué principio de grandes males; ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demas desgracias y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene, fué enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado así en tiempo de guerra como de paz.

En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa más deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Nuñez de Lara comenzó á ir de caída por estar el rey D. Fernando cansado dél. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa

real, y puso en su lugar á D. Lope, hijo de don Diego Lopez de Haro. El color que se dió, fué que D. Juan de Lara era general de la frontera contra los moros, y no podia servir ambos cargos, como quier que á la verdad el rey pretendiese sobre todo con aquella honra ganar la casa de Haro, y apartalla de la amistad que tenía trabada muy grande á la sazón con los de Lara. Entendiéronse fácilmente estas mañas, como suele acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballeros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinacion que tenían de desbaratar aquellos intentos. Parecia que el negocio amenazaba rompimiento; acudieron Alonso Perez de Guzman y la reina madre, y con su prudencia hicieron tanto, que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron á cada cual dellos las honras y cargos que solian tener.

Demas desto se tomó asiento entre el infante D. Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que D. Diego de Haro por sus dias gozase el señorío de Vizcaya, y despues de su muerte tornase al infante D. Juan; que Orduña y Balmaseda quedasen por D. Lope, hijo de D. Diego de Haro, por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalba de Losa, en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban. El deseo que el rey tenía de apaciguar las diferencias destes grandes, con que todo el reino andaba alborotado era tan grande, que ninguna cosa se le hacia de mal á trueco de concordallos.

El alegría que todos recibieron por esta causa fué grande; sólo D. Juan de Lara recibió pesadumbre, así por parecelle le habian agravado en tomar asiento con su suegro D. Diego de Haro sin dalle á él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos ajenos y sacar ganancia de las alteraciones que sucedian entre los grandes.

Esto fué en tanto grado, que por parecelle forzoso correr él fortuna despues de tomado aquel asiento, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valia de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al rey tenía jurada, se retiró á Tordehumos, plaza muy fuerte, así por su sitio como por sus murallas y



reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del rey que sabia tenía muy ofendido. Acudieron en breve los del rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados á D. Juan de Lara, la guerra se proseguía con mucho descuido y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron á tratar de concierto, y porque el rey se hacia sordo á esto, los soldados se desbandaron y se fueron unos á una parte, otros á otra.

Entre los demas que favorecian á D. Juan de Lara era el infante D. Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al rey fué forzoso perdonalle: solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, que (como arriba queda dicho) se las diera el rey D. Sancho. Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante D. Juan entendiesen y tuviesen aviso que el rey pretendia vengarse de ellos (si fué verdad ó mentira no se sabe), pero en fin por pensar los queria matar, se concertaron entre sí y resolutamente se rebelaron. El infante D. Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dió el rey: sosegar á D. Juan de Lara era muy dificultoso, que cada día se mostraba más obstinado. Á esta sazón D. Alonso de la Cerda, como quier que se hallase desamparado de todos, y juzgase que era mejor sujetarse á la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendia y perdido el estado que le señalaron, envió á Martin Ruiz para que en su nombre tomase posesion de los pueblos que los jueces árbitros le adjudicaron. Así perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comunmente le llamaron D. Alonso el Desheredado.

El vulgo de ordinario, y más entre los moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los moros de Granada á alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos, y aquel reino de Granada reducido á gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasion de alborotarse fué que el rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su

vida: su cuñado el señor de Málaga era el que lo mandaba todo, y en efecto era el que en nombre de otro reinaba. Parecía cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque fuera de los demas inconvenientes se doblaba el gasto de la casa real, á causa que el de Málaga no tenía ménos córte, acompañamiento y casa que si fuese verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba á su cuñado.

Decian sería mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, á quien todos tuviesen respeto, obedeciesen á sus mandamientos, y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo, que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes, un caballero que venia de los reyes de Marruecos, con su gente y la de sus aficionados, se apoderó de la ciudad de Almería, y se intituló rey della. La mayor parte del pueblo se inclinaba á favorecer á Mahomad Azar, hermano que era menor del rey ciego, que daba muestras de valor, y se vian en él señales de otras virtudes. Fué Aborrabes echado por el bando contrario de Almería: él con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los granadinos tenían en la frontera de África, intentó ayudarse de los cristianos.

Por todo esto se ofrecia buena ocasion para hacer la guerra á los moros y echillos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragon y Castilla: acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está la raya de los dos reinos. Hízose la junta al principio del año mil trescientos nueve. Allí y en Monreal, do los reyes pasaron, lo primero que se trató fué de apaciguar á D. Alonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces árbitros dieron: recelábase que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los moros, no alborotase á Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolucion, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar más á los moros, acometellos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algecira y sobre Almería. Demas desto concertaron que la infanta doña Leonor, hermana del rey D. Fernando, casase



con D. Jaime, hijo mayor del rey de Aragón. Por dote le señalaron la sexta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almería. Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó á resonar con el estruendo de las armas, provision de dinero, juntas de soldados y gente de á caballo, de bastimento y bagaje necesario. Tenian los dos principes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no aficionados con las discordias civiles; en especial los aragoneses ponian miedo á los moros, por la fama que corría de haber sujetado sus enemigos y alcanzado tantas victorias.

El rey D. Fernando, á ruego de su madre, fué á Toledo para hallarse presente á trasladar los huesos del rey D. Sancho, su padre, en un sepulcromuy honroso que la reina tenía apercebido con todo la demas necesario y conveniente á las exequias y honras de su marido. Tenía el rey D. Fernando condicion apacible, una honestidad natural (como acostumbraba decir Gutierrez de Toledo que se crió con él desde su niñez), gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto, de gran de ánimo, muy clemente.

Aconteció que el mismo dia de Navidad un caballero muy principal, á quien él tenía señalado para el gobierno de Castilla, se vino á despedir dél para ir á su cargo. El rey, dejado los dados con que acaso se entretenía, le advirtió que en Galicia hallaría muchos caballeros nobles que andaban alborotados, que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se quería servir dellos en la guerra de los moros. Engrandeció el caballero el acuerdo tan clemente del rey, que aunque pareció á muchos blando en demasía y temerario, la experiencia mostró ser muy acertado. No hubo en toda la guerra contra los moros quien se señalase más que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al rey la clemencia de que con ellos usára; sus valerosas hazañas no se podían encubrir, en todas partes y ocasiones peleaban contra los moros con odio implacable, y entre sí tenían competencia de aventajarse en valor y ánimo.

Finalmente, desde Toledo partieron al Andalucía. El campo de los castellanos llegó sobre Algecira á veintisiete dias del mes de Julio. Á mediado el siguiente mes de Agosto puso su cerco sobre Almería el rey de Aragón. Con los aragoneses vinieron D. Fernando, hijo de don Sancho, rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban, D. Guillen de Rocaberti, arzobispo de Tarragona, D. Ramon, obispo de Valencia y chanciller del rey, D. Artal de Luna, gobernador de Aragón, con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguian los caballeros de la casa y familia de Haro: D. Juan de Lara, poco ántes vuelto en amistad del rey; D. Juan, tío del rey, y el arzobispo de Sevilla y otros muchos caballeros principales. Gisberto, vizconde de Castellano, fué con parte de la armada de los aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de África, y la tomó. Los despojos hubieron los aragoneses, la ciudad se dejó á Aborrabes, como lo tenían con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venían á repartir su gente no serian bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almería, fuese por la confianza que hacian de la fortaleza de Algecira, demas que tenía harta gente de defensa y las provisiones necesarias, ó por rabia de que los aragoneses les hubiesen ganado á Ceuta, y se hubiesen entremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algun derecho, ni haber recibido agravio.

El mismo dia de la festividad de San Bartolomé, los moros con toda su gente se presentaron á vista de aquella ciudad. Los aragoneses, visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron á acometellos: á los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero, en fin, fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los botes que allí cerca estaban, dieron á muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegría cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcan-



ce, los de Almería salen de la ciudad, y acometen el real de los aragoneses, que tenía poca defensa, y por capitán á D. Fernando de Mallorca.

Ganaron el baluarte y las trincheras, y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros, y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los moros y los forzaron á retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto si perdieran los reales; demas que aquel peligro fué aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez á los quince de Octubre, grande mortisma, que llegaban á más de cuarenta mil, acometieron las estancias de los aragoneses; pero sucedióles lo mismo que en el rebate pasado.

No con ménos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algecira; mas las fuertes murallas y los muchos soldados que dentro tenían, impedían á los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer á Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse della, porque no tenía tanta defensa. Fueron para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez de Lara con parte del ejército. Alonso Perez de Guzman, caballero el más señalado que se conocía en aquellos tiempos y iba en compañía de los demas, en un rebate que tuvieron con los moros en el monte Gausin, quedó muerto; daño que fué muy notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey D. Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con más reputacion y fuese del rey la honra de ganar aquella plaza. Dióse libertad á los moros para pasar en África y llevar consigo sus bienes.

Entre los demas un moro muy viejo, ya que quería partirse, habló (segun dicen) al rey desta manera: «¿Qué desdicha es esta mia por mi mal hado ó por mis pecados causada? Que toda mi vida ande desterrado, y á cada paso me sea forzoso mudar de lugar y hacer alarde de mi desventura por todas las ciudades. D. Fer-

nando tu bisabuelo me echó de Sevilla; fui-me á Jerez de la Frontera. Esta ciudad conquistó tu abuelo D. Alonso, y á mi fué necesario recogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey D. Sancho, á mi por la misma razon fué forzoso pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento; al presente de nuevo soy forzado á buscar otra tierra. Yo me resuelvo pasar en África por ver si con tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi triste vejez y pasar en sosiego esto poco de vida que me puede quedar.»

Los soldados que estaban sobre Algecira, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos y malparados con los frios del invierno, á cada paso desamparaban las banderas, no sólo la gente baja, sino tambien la principal y los señores, que demas de lo dicho andaban desabridos porque el rey daba oído á gente baja y de intenciones dañadas.

El infante D. Juan y D. Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, ántes ocasion de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. D. Diego Lopez de Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron á Búrgos y enterraron en el monasterio de San Francisco. El señorío de Vizcaya, segun que lo tenían capitulado, recayó en doña María, mujer del infante D. Juan; cosa nueva que en aquel estado sucediese mujer, en que hasta entónces se continuó la sucesion por línea de varon. La muerte deste caballero y las continuas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo más áspero de todo el año, forzaron á que el cerco de Algecira se alzase. Capitularon empero que los moros restituyesen (como lo hicieron) las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado á los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dió el rey á la iglesia de Toledo, cuya solía ser. Este fué el fruto que de tanto ruido, tantas pérdidas y trabajos se sacó.

Los aragoneses, si bien tenían en sus reales grande abundancia de todas las cosas neces-